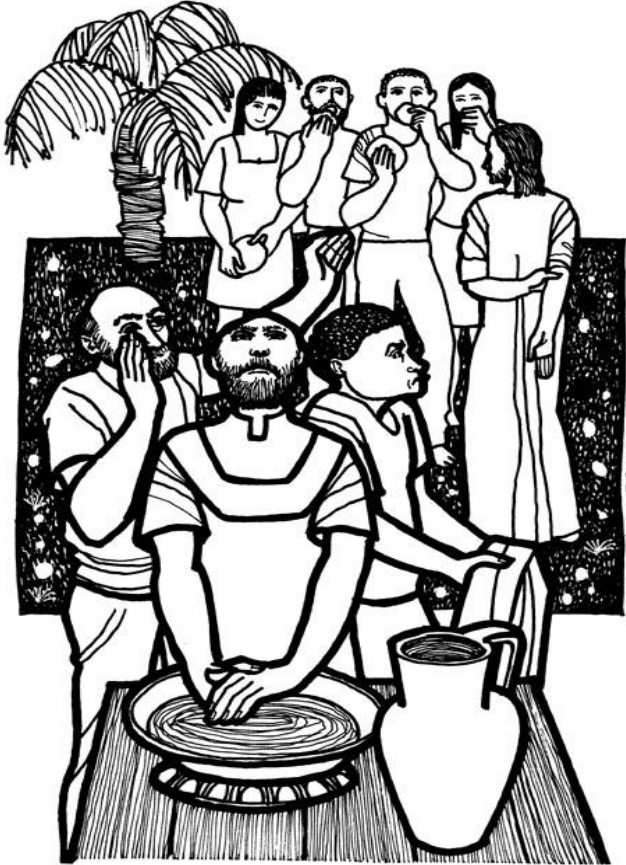


2 SEPTIEMBRE 2012
DOMINGO 22-B



Dt 4,1-2.6-8. No añadáis nada a lo que os mandó..., así cumpliréis los preceptos del Señor.
Sal 14. Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?
St 1,17-18.21b-22.27. Llevad a la práctica la palabra.
Mc 7,1-8.14-15.21-23. Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres.

1. CONTEXTO

LA RUPTURA CON LA CASHEROUT

Desde el comienzo de su vida pública, vemos a Jesús discutir con los sacerdotes del Templo, los doctores de la Ley y los fariseos. Y es que, en efecto, Cristo se ve obligado a irse distanciando cada vez más de las reglas minuciosas y de las prohibiciones dictadas por los escribas. La observancia de esta conjunto de reglas, que hoy se llama **la casherout**, era ya característica del judaísmo del tiempo de Jesús. El evangelista Marcos, que escribía para los romanos, que, como es lógico, no entendían nada de todo esto, se siente obligado a explicárselo: Por qué los fariseos, y los judíos en general, no comen sin lavarse antes las manos restregando bien, aferrándose a la tradición de los mayores, y al volver de la plaza no comen sin bañarse antes, y se aferran a otras muchas tradiciones de enjuagar vasos, jarras y ollas. (Mc 7,3-4)

Las reglas de pureza ritual concernientes a las personas son las primeras violadas por Jesús. Para los fariseos, solo los verdaderos creyentes eran puros e, incluso

éstos, para ser realmente puros tenían que ser de estricta observancia. **Los goyim** (paganos) eran impuros, pero también lo eran las gentes sencillas, cuyos oficios les impedían observar al pie de la letra las múltiples prescripciones rituales, como los campesinos, los pescadores. Y no digamos los publicanos o las prostitutas. Los puros no podían aceptar su invitación, ni siquiera entrar en sus casas y, mucho menos, recibirles en las propias. Los sacerdotes que conducen a Jesús ante el prefecto romano, un **goy** evidentemente, no entran en su palacio: *“Ellos no entraron en la residencia para no contaminarse y poder celebrar la cena de Pascua. Fue Pilatos el que salió fuera”*, constata Juan (Jn 18,28-29).

Por eso los fariseos se enfadan con Jesús, cuando acepta la invitación de los publicanos, considerados “gente sin ley”. *“¿Por qué come con recaudadores y descreídos?”* (Mc 2,16), le preguntan. A lo que Cristo le contesta: *“No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No ha venido a invitar a justos, sino a los pecadores”* (Mc 2,17)

Jesús no hace discriminaciones: cena con los publicanos, entra en casa del centurión romano y se deja lavar los pies por la prostituta.

Los ritos de pureza ritual concernientes a los alimentos hacen sonreír a Cristo, que no les concede importancia alguna. No realiza los ritos de purificación prescritos para antes de comer y tampoco obliga a sus discípulos a hacerlo. Por eso los doctores le preguntan: *“¿Se puede saber por qué comen tus discípulos con manos impuras y no siguen la y tradición de los mayores?”* (Mc 7,5) Jesús no come **casher**.

El **casher** viene a ser lo mismo que el **hallal** para el Islam. La prohibición de comer cerdo y la obligación de degollar los animales y extraerle la sangre antes de consumir su carne son exactamente las mismas en Israel y en el Islam. También el hinduismo, nacido de otra cultura, le concede una importancia extraordinaria a los ritos de la pureza alimenticia. Jesús, por el contrario, come cualquier cosa. Más aún, en este terreno concreto pone a la multitud por testigo, añadiendo el escándalo a la no observancia: *“Escuchadme todos y entended esto: nada que entra de fuera puede manchar al hombre, lo que sale de dentro es lo que mancha al hombre”* (Mc 7,15)

Los ritos de purificación alimenticia, que generan buena conciencia e hipocresía, son un yugo insoportable para el hombre. Por eso hay que dar gracias a Jesús por haber puesto en evidencia su inutilidad. ¡Qué libertad la de este profeta! Su soberana distancia en relación con los prejuicios de los suyos es sorprendente. Y, por otra parte, se ve claramente que está a mil leguas de las elucubraciones de los monjes del Qumran, los puros entre los puros.

Desde el principio, Jesús tropieza también con los fariseos a propósito de la observancia del **Sabbat**. Nadie duda de que Cristo cumpla con el reposo prescrito para el séptimo día. A lo que se niega es a dejarse maniatar al mismo tiempo por las múltiples prescripciones de los escribas, que prohíben a los judíos mover un solo dedo ese día, cayendo así en el más espantoso de los ridículos.

Los fariseos protestan, cuando ven a los discípulos arrancar espigas de trigo y comerlas en Sabbat: *“¿Cómo*

hacen en sábado lo que no está permitido?" (Mc 2,23-24) La pregunta tiene su importancia, al menos para ellos.

El Sabbat era, y todavía es, la institución más sagrada de Israel y su observancia escrupulosa era, y todavía es, impenitente. Jesús rechaza en múltiples ocasiones esta estricta observancia, que conduce a situaciones absurdas e hipócritas. "Supongamos que uno de vosotros tiene una oveja, y que un sábado se le cae en una zanja, ¿la agarra y la saca o no?" (Mt 12,12)

Y ya harto de tanto discutir, Jesús termina asestando a los doctores de la Ley esta frase definitiva: "El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado" y añade, con una inaudita pretensión, "así que el Hijo del hombre es también señor del sábado" (Mc 2,27-28).

Y eso no quiere decir que Jesús niegue la utilidad del "día del Señor", del Sabbat; al contrario, lo practica, pero lo relativiza, transformándolo en "medio" y negándole el rol de "fin". ¡Otro impresionante progreso del pensamiento religioso! En efecto, se puede reemplazar, en esta frase liberadora de Jesús, la palabra Sabbat por el nombre de cualquier otra institución y el resultado sería el mismo: **la ley está hecha para el hombre y no el hombre para la ley**; el dinero está hecho para el hombre y no el hombre para el dinero, etc.

Las instituciones, por muy sagradas que sean, pueden ser necesarias, pero, para Jesús, son solo simples medios.

(Cf. Jean Claude Barreau. JESÚS. EL HOMBRE. Temas de hoy. 86-90)

2. LECTURAS

1ª LECTURA: Deuteronomio 4,1-2.6-8

Habló Moisés al pueblo diciendo: «Y ahora, Israel, escucha las leyes y prescripciones que te voy a enseñar y ponlas en práctica, para que tengáis vida y entréis a tomar posesión de la tierra que os da el Señor, el Dios de vuestros padres. No añadiréis ni suprimiréis nada de las prescripciones que os doy, sino que guardaréis los mandamientos del Señor, vuestro Dios, tal como yo os los prescribo hoy. Guardadlos y ponedlos por obra, pues ello os hará sabios y sensatos ante los pueblos. Cuando éstos tengan conocimiento de todas estas leyes exclamarán: No hay más que un pueblo sabio y sensato, que es esta gran nación. En efecto, ¿qué nación hay tan grande que tenga dioses tan cercanos a ella como lo está de nosotros el Señor, nuestro Dios, siempre que le invocamos? ¿Qué nación hay tan grande que tenga leyes y mandamientos tan justos como esta ley que yo os propongo hoy?»

En la primera lectura nos encontramos con las palabras de Moisés que preparan al pueblo de Israel en la ley para la vida en la tierra que van a poseer. El tono de las palabras está cargado de elementos persuasivos. Son una invitación a escuchar la ley y a observar los mandamientos para que puedan vivir y poseer la tierra. Por los mandamientos

de la ley, Dios establece una relación directa con su pueblo: ningún dios extranjero guía a los suyos con su propia palabra. Por la obediencia a los mandamientos, el pueblo se acerca a Dios y establece con él una relación directa: ¿qué nación hay tan grande, cuyos dioses se acerquen como Yahvé? Y ¿qué nación hay tan grande que tenga normas y mandamientos tan justos como esta ley que yo te entrego hoy? Observar la ley del amor es para Israel la única garantía de vida y plenitud.

SALMO RESPONSORIAL: SAL 14, 2-5.

R/ Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?

El que procede honradamente y practica la justicia, el que tiene intenciones leales y no calumnia con la lengua.

El que no hace mal a su prójimo ni difama a su vecino, el que considera despreciable al impío y honra a los que temen al Señor.

El que no retracta lo que juró aun en daño propio, el que no presta dinero a usura ni acepta soborno contra el inocente. El que así obre nunca fallará.

2ª LECTURA: Santiago 1,17-18. 21-27

Mis queridos hermanos: Todo beneficio y todo don perfecto viene de arriba, del Padre de los astros, en el cual no hay fases ni periodos de sombra. Por propia iniciativa, con la Palabra de la verdad, nos engendró, para que seamos como la primicia de sus criaturas. Aceptad dócilmente la palabra que ha sido plantada y es capaz de salvaros. Llevadlo a la práctica y no os limitéis a escucharla, engañándoos a vosotros mismos. La religión pura e intachable a los ojos de Dios Padre es ésta: visitar huérfanos y viudas en sus tribulaciones y no mancharse las manos con este mundo.

La llamada Carta de Santiago, que se nos ofrece durante cinco domingos, es un conjunto de exhortaciones, un tanto desordenadas, escritas probablemente por un cristiano de origen judeo-helenístico culto. No necesariamente ha de pensarse que sea alguno de los 'santiagos' conocidos en el NT, dada la frecuencia del nombre entre los judíos.

Los comentaristas suelen hablar de la carta como una especie de tratado o predicación de "sabiduría cristiana"

La idea fundamental que nos transmite hoy es que **una fe auténtica lleva consigo una vida coherente con ella**. La Palabra con la que Dios nos interpela, es una palabra operativa, no unos conceptos o teorías. **Crear es comprometerse** en favor de los marginados y oprimidos, es asumir la causa de los empobrecidos que es la causa de Jesús porque «la verdadera religión consiste en esto: ayudar a los huérfanos y a las viudas en sus necesidades y no contaminarse con la corrupción de este mundo».

Evangelio: Marcos 7,1-8.14-15.21-23

El texto del evangelio de Marcos nos pone en la línea de las **tradiciones y costumbres** del pueblo de Israel en relación con las leyes de pureza e impureza sobre las que el pueblo había construido su experiencia religiosa. Toda la vida estaba marcada, como hemos visto en el CONTEXTO, con lo puro y lo impuro

No se podía participar en el culto sin el estado de pureza. Externa, claro está.

1-5 *En aquel tiempo los fariseos y algunos maestros de la ley de Jerusalén se acercaron a Jesús, y vieron que algunos de sus discípulos se ponían a comer con manos impuras, es decir, sin habérselas lavado. Porque los fariseos y todos los judíos, siguiendo la tradición de sus mayores, no se ponen a comer sin haberse lavado cuidadosamente las manos; y si vienen de la plaza, no comen sin haberse lavado; y tienen otras muchas prácticas que observan por tradición, tales como lavar copas, jarros y bandejas. Así que los fariseos y los maestros de la ley preguntaron a Jesús: «¿Por qué tus discípulos no observan la tradición de los mayores, sino que comen con las manos impuras?».*

Los que se reúnen son miembros del **grupo o partido farisaico** y, con ellos o entre ellos, algunos **letrados o doctores**, intérpretes oficiales de la ley. Vienen de Jerusalén, donde el partido fariseo es más fuerte y con la aureola de autoridad que añade la capital.

Se muestran inquietos porque los discípulos de Jesús comen el pan sin lavarse las manos; pero su preocupación no es una cuestión de higiene, **es un asunto de carácter religioso**. La pureza, un concepto que entre nosotros se refiere casi exclusivamente al comportamiento sexual, abarcaba toda la vida religiosa de los judíos, en especial la de los fariseos. De cuestiones de pureza e impureza se habla en el A. Testamento, especialmente en el libro del Levítico (11-16.18), pero los fariseos aumentaron después las ya abundantes prescripciones en **torno a la pureza apoyándose en tradiciones** que, según ellos, tenían el mismo valor que los escritos bíblicos.

Los discípulos de Jesús ya se habían liberado de la esclavitud de las leyes y de las tradiciones religiosas (Mc 2, 18. 23-24) y tampoco respetan éstas. Los fariseos, reforzados por la presencia de los letrados de Jerusalén, vuelven a atacar dispuestos a no perder ninguna ocasión para desprestigiar a Jesús. Pero, una vez más, **Jesús va a descubrir el verdadero rostro de estos hombres piadosos**.

6-8 *Él les contestó: «Hipócritas, Isaías profetizó muy bien acerca de vosotros, según está escrito: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto enseñando doctrinas que son preceptos humanos. Dejáis el mandamiento de Dios y os aferráis a la tradición de los hombres».*

El término griego **"hypokrites"** describe al actor que oculta su rostro con una máscara. El efecto conseguido era el halago del público. **Según Jesús los fariseos son hipócritas**, máscaras destinadas a la interpretación con el fin de recibir el parabién de su público. **No son lo que parecen**.

Los profetas habían denunciado muchas veces **el uso de la religión para tranquilizar la conciencia**: rezar mucho mientras se practicaba la injusticia. Acusaban al pueblo, y especialmente a sus dirigentes, de reducir toda la religión a

ceremonias, a gestos exteriores que escondían un corazón vacío de amor a Dios e incapaz de amar al prójimo. Dios, dicen los profetas, no acepta esta clase de culto (véase Is 1,10-18; 58,1-12; Jr 7,1-28; Am 5,18-25; Zac 7). Jesús escoge uno de esos párrafos de los profetas para ponerlo ante ellos como juicio definitivo de su manera de entender las relaciones con Dios. (Is 29,13)

Los textos citados anteriormente son más duros y expresan con más claridad la necesidad de que **el culto a Dios se cimente en la práctica de la justicia y la solidaridad**; el texto que cita el evangelio de Marcos, pone el dedo en la llaga y descubre la causa del mal: "la religión ha quedado vacía porque algunos hombres han conseguido sustituir las exigencias de Dios por tradiciones puramente humanas a las que se les quiere atribuir origen divino".

Más adelante, en unos versículos (9-13) que la liturgia de hoy no recoge, **Jesús va a mostrar con un ejemplo** que estas tradiciones invalidan los mandamientos de Dios y, además, perjudican a la mayoría de los hombres, aunque benefician a unos pocos, precisamente a los que las defienden. En los diez mandamientos de **Moisés se mandaba cuidar de los padres**, de modo que, en su ancianidad, no pasaran necesidades («honra a tu padre y a tu madre» significa fundamentalmente **«sustenta a tu padre y a tu madre»**, no permitas que sufran la vergüenza de una vida miserable" (Ex 20,12). **No hay nada tan humano como ese mandamiento divino**.

Pues bien: según una de esas tradiciones, si uno calculaba el dinero que podía costarle atender a sus padres y ofrecía esa cantidad como **limosna para el templo**, ya no tenía obligación de cumplir el precepto.

El movimiento fariseo era una realidad peligrosa para los cristianos en tiempo de Marcos. Pero los así descritos, nos afirma Schökel, **siguen siendo un tipo que puede afectar a cualquier persona sinceramente religiosa**.

14-15. 20-23 *Llamó de nuevo a la gente y les dijo: «Oídme todos y entended bien: Nada que entra de fuera puede manchar al hombre; lo que sale de dentro es lo que puede manchar al hombre. Porque del corazón del hombre proceden los malos pensamientos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, avaricia, maldad, engaño, desenfreno, envidia, blasfemia, soberbia y estupidez. Todas esas cosas malas salen de dentro y hacen impuro al hombre».*

Jesús se dirige después a toda la multitud y vuelve a la cuestión de la pureza para decir que ésta no está en las cosas ni en las acciones en sí mismas, **sino en el corazón del hombre**.

Nada de lo que hay en la creación es impuro. Es la buena o la mala intención del hombre, al hacer uso de las cosas, lo que hace que algo sea agradable (puro) o desagradable (impuro) a Dios.

Después, **al completar la explicación para sus discípulos**, que tampoco parecían muy capaces de entender, pone como ejemplo algunas de las acciones que son desagradables a Dios; en todas ellas hay un denominador común: **son acciones que hacen daño a la vida, a la dignidad o a los derechos del hombre/mujer**.

3. PREGUNTAS...

1. LA TRADICION DE LOS MAYORES

Entre nosotros también se invoca demasiado la autoridad de la tradición y se olvida **el valor del corazón**; nos preocupa mucho hacer lo que siempre se ha hecho, sin pararnos a averiguar si eso es lo que conviene al hombre/ mujer. Y nos privamos de demasiadas cosas que no harían más que aumentar el caudal de alegría de nuestro mundo porque las tradiciones exigen que nos privemos de ellas. Las tradiciones, repitémoslo, pueden tener valor, pero no pueden ser la norma; **la norma es el querer hacer, de corazón, lo que Dios quiere, y lo que Dios quiere es el bien del hombre.**

“Y después viene **el orgullo del observante de las tradiciones**: que aborrece a los que no la cumplen y crea a su alrededor una imagen de un Dios contable y exigente, nos amplía Juan Mateos. Y no comprende que Dios quiere a todos, y a cada uno según lo que es y donde está y que no depende su amor de ninguna de las observancias. Y además esta observancia lleva inexorablemente a la idea del **mérito**.

Yo tengo mucho **mérito** porque yo hago lo que tengo que hacer. **Y el mérito supone que Dios me debe cosas.** Yo compro el amor de Dios con mi observancia. Esto es fatal, es el gran vicio fariseo.

Este espíritu puede entrar en nuestra espiritualidad si nosotros nos dedicamos a ser observantes de normas. No es eso. **El único criterio** de buenos y malos **es amar o no amar**. El único. Y eso Dios lo ve. **Y la calidad del amor de cada uno solo Dios la conoce.** No tenemos que juzgar a nadie, y bien que lo hacemos.

El **mérito** nos ha atormentado tanto en nuestra vida... Si tenemos dentro el Espíritu de Dios, todo lo que hagamos es colaboración de Dios y nosotros. El Espíritu es la presencia divina en nosotros. **Todo lo que hagamos no es nuestro solo es también de El.** Es una colaboración inseparable. Es ya imposible de distinguir cuanto es mío y cuanto es de Dios. ¿Que vamos a presentarle? Nada, porque lo que hacemos es nuestro y suyo.

Colaboración, y entre colaboradores se acabó el mérito. De manera que no tenemos vanidad ninguna, ni invocamos méritos ninguno. Ni somos acreedores de Dios.

Esa mentalidad tan deformada que existía en el pueblo judío y que desgraciadamente pasó en gran parte a nuestra Iglesia. Tenemos una enorme libertad, se acabó la norma externa. Somos libres de toda esa norma. **Nuestro principio está dentro y es el Espíritu que está dentro, ese que es amor y vida y es el que inspira nuestra conducta para comunicar amor y vida.** Y esa conducta es nuestra y del Espíritu que tenemos, que ya es parte de nosotros. Dios no sustituye el hombre en su actividad. Nunca va a solucionar el problema el solo. **El nos potencia siempre para que nosotros seamos capaces de solucionar los problemas nuestros y de la humanidad. Esta es la nueva realidad”.**

(Juan Mateos. Libertad y ley. Conferencia)

2. JESUS TAMBIEN NOS DENUNCIA

Manipulamos la Palabra de Dios Las tradiciones son interpretaciones de los mandamientos de Dios a modo humano. Es lo que Jesús denuncia: anuláis el mandamiento de Dios para conservar vuestra tradición. Escogen la Escritura y dan una interpretación que la invalida.

También entre nosotros con bastante frecuencia **se ha utilizado la Palabra para justificar** ciertas posiciones teológicas, doctrinales, de un grupo. **Es como decir: fijaros si tengo razón que hasta Dios me la da.** Y se citan tres textos para avalar lo que estoy diciendo. **Eso es una manipulación de la Palabra.** No se pueden avalar con textos mis planteamientos, ni buscar los textos que le vienen bien a mis ideas. Ante la PdD solo cabe **una actitud de escucha** sin ningún tipo de presupuesto. Se escucha, se medita, se reflexiona, y luego se expone y se practica. No se puede ir con ideas preconcebidas.

- *Así, sencillamente, ¿qué me dice este evangelio? ¿Que he descubierto de nuevo? ¿En qué tengo que cambiar?*

3. LAVARSE LAS MANOS Y LO QUE SALE DE DENTRO

La suciedad no consiste en no lavarse las manos, sino en hacer daño a los demás, en olvidarse de sus necesidades, en carecer de sensibilidad y compasión, en creerse "limpio". El pueblo sencillo se ve enredado en tantas normas y preceptos de poca monta, que lo separa de lo esencial. Son normas propias de cristianos arrogantes, sin compasión, que tienen las manos limpias, **porque no tienen manos, ni echan una mano**, como decía Péguy.

Muchos **testigos y seguidores** del Señor, que conocemos, no se lavan las manos ante los problemas de su alrededor sino que se las manchan en la acción directa y comprometida. **Así tienen un corazón de oro, que es lo que importa.**

Hoy lo importante es la apariencia, la máscara (hipócrita). Bien bello el escaparate y descuidada la trastienda. La sociedad está montada sobre el poder que crea dependencia, el dinero que esclaviza, la superficialidad que encandila, pero **hemos olvidado el interior.** Con la máscara interpretamos un personaje que es del agrado de los demás pero que nos aleja de la verdad que somos.

Los pecados colectivos, el deterioro moral de nuestra sociedad, el mal encarnado en tantas estructuras e instituciones, la injusticia presente en el funcionamiento de la vida social, se deben concretamente a factores diversos, pero tienen, en definitiva, **una fuente y un origen último: el corazón de las personas.**

Los cambios que soñamos, en cualquier aspecto de la vida (familiar, vecinal, laboral, comunitario) se quedan vacíos e inertes **si no cambiamos el corazón.** Y su latido nos lo marca el evangelio.

- *¿Pueden cambiar las cosas si cada cual no cambia por dentro? ¿Lo creo de veras?*

Juan García Muñoz (ingarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>